

LIBERÁNDOME

Blanca Zoyla Sandoval García

ME PERDÍ

Me perdí... me quedé en el ir.
Me sumergí en el laberinto
que fue mi vida, me dejé arrastrar
por la voracidad de mis instintos.
¡Llegué al fondo del infierno!
Lo perdí todo. ¡Todo!
Familia, vergüenza y dignidad.
¡Cuántas palabras juntas!
¡Cuánta amarga verdad esconde el tiempo!
¡Cuánto dolor macerado dentro del alma!
¿Cómo explicar ahora que me equivoqué?
¿Cómo expresarlo? No encuentro las palabras.
Se quedaron en el colchón lejano de la niñez
como barcos anclados en la desesperanza
y hoy no tengo un deshilado argumento.
¡No quiero dar explicaciones!
Hoy, que mi cuerpo está cautivo,
ahondé en el abismo de mi alma.
Recuperé el camino perdido
y una brisa de esperanza me delata.
¡Hoy abrazo a la vida como al fuego maternal!
Y abro las puertas a la libertad
y ya no queman las llamas de mi oscuro pasado.

¡Mi salvación fue la soledad!
Logré enfrentarme a mi espejo
que era mi necesidad.
Abracé mi figura envuelta en llamas
y lágrimas sin dolor vertí.
Sané viejas heridas, de todo lo que derruí.
Inicié mi transformación y regeneración.
¡Ya hay cimientos en mi vida!
¡Encontré la absolución!
Me perdí,
sí, me perdí en un laberinto,
pero me di la oportunidad de mirar lo sublime que
es la vida.
Y el milagro de que el sol bañe mi piel.
El placer de que mis ojos devoren el cielo.
¡Hoy puedo decir que me equivoqué!
¡Porque tengo el valor de reconocerlo.
Me perdí... sí... me perdí.
¡Pero encontré mi esencia en el ir!

Aquí estoy por tercera vez. Agradezco a todos los que hacen posible que personas como yo, que se encuentran en reclusión, tengan la libertad de expresarse y contar su historia, y lograr con esto liberarse de fantasmas, cerrar círculos y sanar heridas, además de intentar transmitir alguna vivencia que ayude a otros a reaccionar y evite que alguien cometa los mismos errores.

Intento, al escribir en este foro por tercera vez, que aquellos que viven el amor familiar con indiferencia comprendan lo importantísimo que es como base del comportamiento individual, así como de la comunicación y la unión familiar.

Les recuerdo que Dios nos dota al nacer de mucho amor, pero nosotros debemos acrecentarlo y fomentarlo.

Hablar del amor en todos los aspectos es parte esencial de Blanca, una mujer vulnerable, con una inmensa necesidad de sentirse amada, aceptada. Sumisa y a la vez rebelde.

En estas líneas intento resumir mi vida, no como víctima, simplemente como una aventura, un viaje o una exploración a mi pasado para tratar de rescatar lo bueno de lo vivido y terminar, por fin, con aquello que dejé en las sombras del olvido y que influyó en mi caminar por la vida. Una vida escabrosa que fue un caos. Llena de desintegración familiar, represiones, abusos y violencia que terminó en una codependencia llena de culpabilidad, desorientación y remordimiento.

Aquí retomo el tema de mi historia no contada, para intentar rescatar la conciencia de la verdad y la aceptación. Espero que esto me ayude a rescatar los valores con que Dios me dotó y que no pude aplicar por falta de amor, comunicación e información.

Hoy, los engranes del tiempo inician la regresión y desnudo mi alma y mi verdad. Plasmo aquí todo el sentimiento y el infierno que escondí en un rincón de mi corazón por toda una vida.

En estos momentos entablo una lucha a muerte con mis miedos e intento vencerlos. Hoy sé que “nunca más seré como hasta hoy he sido”.

Pasaron más de cinco años de prisión antes de que me atreviera a hablar de mí y de mi niñez carente del calor de una madre y sin el cariño y atención de un padre. Hoy, al escribir, vienen a mí imágenes dolorosas del fracaso de mi niñez, adolescencia y madurez, hasta el ocaso de mi vida. Cabe mencionar que me cuesta mucho hablar de mí. Me provoca dolor, rabia, impotencia y vergüenza embozada en solitaria soberbia. Espero con esto enterrar los cadáveres vivientes que he arrastrado por más de cuarenta años.

Empezaré por contar que nací en una fecha histórica: el 5 de febrero de 1960, en la ciudad de Morelia, Michoacán. Como coincidencia, esto sucedió en una botica que hacía las veces de

sanatorio, atendida por una partera, y que estaba a espaldas de mi casa, en la calle 5 de febrero, ¡muy constitucionalista yo!

Contaba mi abuela que Nina, la partera, hizo circo, maroma y teatro para traerme a la vida porque, en el último momento, me “senté”, en el buen sentido de la palabra.

Soy la segunda de cinco hermanos y, cuando nací, mi madre estaba separada de mi padre porque en una de sus múltiples borracheras la golpeó, como en muchas otras ocasiones, y hasta dudó de su paternidad, lo que orilló a la separación y a que no me quisiera. Mi padre era el prototipo de Gabino Barrera: no entendía razones y era borracho, parrandero y jugador, además de un típico macho desobligado y golpeador.

Cuando nací, mi madre me registró con su apellido, como hija natural, el cual usé por veintidós años. De los primeros días de mi vida, me contaba mi abuela que al mes de que nací mi padre fue a buscar a mi madre y le bajó el cielo y las estrellas para que volviera con él y lo consiguió.

Empiezo a tener conciencia y a recordar a partir de los seis años. Vivía con mi abuela materna, una mujer trabajadora, de rancho, que se hacía cargo de mí y de mi hermano mayor, al que adoraba por ser el primer nieto y varón. Era su consentido y para él siempre tuvo todas las atenciones, el cariño y la paciencia del mundo.

Vivíamos en una vecindad muy grande con dos patios enormes y un montón de lavaderos que siempre estaban llenos de tendedores. Había dos pilas para el agua a los lados y en medio otra muy grande que solía ser para la chiquillada, ¡una alberca! Ahí disfruté muchas tardes de una refrescadita pa'l calor. Frente a la vecindad estaba el mercado de San Juan, donde mi abuela tenía un puesto de frutas y verduras en el que yo le ayudaba por las mañanas, mientras ella consentía y daba de desayunar a mi hermano mayor. El mercado tenía un estacionamiento muy grande y los días de plaza se llenaba de camiones de carga que yo y muchos chamacos más

asaltábamos al jugar a las escondidas y terminábamos robándonos la fruta. Nadie nos decía nada.

Cuando entré a la primaria, tenía que tomar el camión, pues estaba algo lejos. Mi abuela no podía llevarme por atender el puesto, así que me mandaba con los *guares*,* Alicia y Félix, dos hermanos que eran tres y cuatro años mayores que yo y que vivían en la vecindad. Recuerdo que nadie los quería por ser indios tarascos, cosa que yo no comprendía ni me importaba. En la primaria miraba cómo la mayoría de los niños llegaban de la mano de su mamá, y los envidiaba. En los festivales era igual, nadie se presentaba a verme. Era aplicada y salía en todos los bailables. Me gustaba recitar el 10 de mayo y soñaba con la llegada de mi madre al festival, cosa que jamás sucedió.

Un día, al camión que nos llevaba se le ponchó una llanta y los guares y yo llegamos tarde. No nos abrieron en la escuela y nos quedamos afuera. Alicia, la mayor, tenía trece años y llevaba tres en cuarto grado, era medio burrita. Félix, su hermano menor, estaba en quinto y yo en tercero. Junto a la escuela había juegos, columpios y resbaladillas que casi siempre estaban ocupados cuando nosotros llegábamos. Ese día estaban solos. Así, no nos preocupó que nos dejaran fuera. Jugamos toda la tarde hasta hartarnos. Cuando llegó la hora de la salida, fuimos los primeros en partir de regreso a casa, muy felices.

Al otro día, los tres planeamos llegar tarde para repetir lo del anterior: disfrutar los juegos. ¿Quién quería ir a la escuela? Nadie se daría cuenta. A nuestros padres no les importaba y jamás lo sabrían, pues nunca iban por nosotros. Esto se repitió a diario, no recuerdo si por tres o cuatro meses. Los papás de los guares vendían nueces y piñones y tenían varios puestos de donde sus hijos robaban dinero para irnos de pinta al cine, al zoológico, al centro, en fin, a donde se nos ocurriera. Por ese motivo, y para

* Las Guares, localidad del municipio de Morelia.

no sentirme menos, le robaba a mi abuela con la justificación de que le ayudaba mucho y no me pagaba. La verdad, yo abría el puesto a las seis de la mañana, mientras ella preparaba el desayuno y llevaba a mi hermano a la escuela, que estaba a la vuelta, muy cerca. En cambio, yo cargaba como podía los costales de elotes y las cajas de guayaba y limón para el puesto.

Llegó el día en que mi madre fue a vernos. Fue algo muy bonito: me llevó a los baños Villalongín a darme un rico baño con agua calientita y me vistió con ropa nuevita que me había traído, pero casi a la una y media quiso hacer lo que yo tanto había soñado antes: llevarme a la escuela.

Por supuesto que no quise, me descubriría. Pero me llevó. A mi abuela le habían mandado recados que yo le leía, porque ella no sabía, y le decía puras mentiras sobre mí: “Que me felicitaban”, “que era la mejor de la clase”, cosa que la enorgullecía. Hoy sé que desde entonces mentía con una facilidad que daba miedo. Acudí a la escuela con mi madre. Me llevó en taxi y yo llevaba el miedo dibujado en el rostro, y más cuando quiso hablar con la maestra, quien le informó que yo tenía cuatro meses sin asistir. No puedo olvidar la cara de vergüenza de mi madre, pero no me dijo nada. Me quedé. Fue una tarde larga, muy larga. No quería ni llegar a casa, pero cuando lo hice, mi madre me recibió seria y habló conmigo. Me dijo que no lo volviera a hacer, que estaba mal, etcétera.

Toda la semana me llevó a clases, pero se llegó el domingo. Recuerdo muy bien que hizo de comer bistec encebollado, guisado que a mí me encantaba y que sólo comía cuando ella estaba con nosotros, o sea, dos veces al año. ¡Oía riquísimo! Aún recuerdo el aroma, sólo que esa noche mi madre volvió a irse a “trabajar” con mi padre. ¡Ah!, cómo aborrecía a ese señor que la alejaba de mí. Llegué a pensar en portarme mal y no volver a ir a la escuela, pero continué asistiendo y me porté bien. Era lista y pronto recuperé el tiempo perdido. Pasé el año con buenas calificaciones.

Llegaron las vacaciones y mi madre volvió, pero esta vez me llevó con ella a Veracruz. Al llegar, “mi padre” me regañó y me pegó por la falta cometida meses antes. Me dolió mucho el recibimiento, y los golpes los curó el cariño de mi madre, quien también pagó las consecuencias por defenderme y alcahuetearme.

Terminó el descanso y regresé a Morelia con mi abue. Extrañaba el mercado, el olor a fruta y el “Pásele, marchantita, ¿qué va a llevar?”, y el pulque. ¡Ah!, porque quiero que sepan que mi abue me compraba todos los días mi jarrote de pulque, dizque porque era bueno para la sangre y me ponía chapeadita, porque era blanca, pero como el pan crudo, sin nada de color.

Así pasé mi niñez, prácticamente sola. Aprendí cosas buenas y malas de mis amigos los guares, que me enseñaron a robar, a mentir y a ser peleonera. Ellos, como yo, también estaban solos. Sus papás no les hacían caso por atender sus puestos. Los tres hicimos buen equipo.

Corría el mes de diciembre de 1971, cuando mi abue enfermó de flebitis. Se le reventaron sus venas cuando regresamos de la peregrinación de la Virgen de Guadalupe, de la cual éramos devotas. De una falda blanca hizo tiras y se vendó sus piernas después de aplicarse cataplasmas de sábila y árnica, pero la sangre continuó saliendo. Por la mañanita, muy temprano, una vecina llamó a una ambulancia para llevarla al hospital, donde se le complicó todo. A mi vecina le dijeron que también tenía cirrosis y que urgía que se presentara un familiar. Le enviamos un telegrama a mi madre a Guadalajara, Jalisco, pero al parecer nunca lo recibió. Pasaron los días y mi abue continuó en el hospital tratando de recuperarse. Llegó el tiempo de las posadas. Me hice cargo del puesto, era buena para el comercio y, en ese tiempo, nos iba muy bien. Por las tardes la visitaba en el hospital y le leía cuentos. El 22 de diciembre le tocó organizar la posada a una vecina que se dedicaba a “la vida alegre”. ¡A mí me encantaban las posadas y las piñatas! En fin, era una niña. Al terminar me fui a mi vivienda con muchos

dulces, cañas y mandarinas. Recuerdo que estaba sobre la cama de mi abue, aprovechando que ella estaba en el hospital, porque no le gustaba que nadie se subiera —era una cama antigua, de latón—. Cantaba *La banda dominguera*, una canción de moda. De pronto, tocaron a la puerta, me bajé rápido y fui a abrir. Era la vecina de “la vida alegre” que me dijo: “Blanquita, vente a cenar y a tomar un ponchecito. Hace mucho frío, hicimos tamales y enchiladas”. ¡Uf! Palabra mágica: ¡enchiladas!, me encantaban, aún me encantan. Olvidé que no debía ir a casa de esa mujer. Había mucha gente de la vecindad y personas que no conocía. Todos estaban muy alegres. Cené como huérfana de hospicio. Alguien me dio un ponchecito que sabía raro, pues tenía “piquete”, pero me lo tomé porque hacía mucho frío. Después me dieron otro y otro, no recuerdo cuántos. Dizque me puse a bailar mientras todos se burlaban, hasta que unos amigos de la mujer me llevaron adentro de una vivienda. Estaban manoseándome y no sé cuántas cosas más. De no ser por Chavela, otra mujer alegre, que me rescató, hubieran abusado de mí. Al otro día desperté en su vivienda con un terrible dolor de cabeza, ¡estaba cruda! Tenía once años y recuerdo que me dolían ¡hasta las pestañas! Chavela me dio un cafecito bien cargado y unos frijolitos negros con salsa bien picosita. Eso me reanimó y me fui a abrir el puesto. Rematé las guayabas, ponía montones de a tres por peso. Terminé la fruta muy temprano y me fui al hospital a ver a mi abue. Sentía que en la cara se me notaba lo ocurrido la noche anterior, pero no podía dejar de ir. Cuando estaba con ella, me sonrió como nunca y me dijo que me quería mucho. Nunca me lo había dicho. También me dijo que me cuidara y pidiera a la virgen que Catalina (mi madre) regresara pronto. Yo no comprendía que eran sus últimas palabras. Cerró sus ojos. Le hablé a la enfermera para que la revisara. Me sacaron. Después de un rato alguien comentó que había muerto y que no había a quien informarle, sólo estaba su nieta. No entendía qué pasaba, aunque dentro de mí lo intuía. Le pregunté a una señora qué hacían con

los que morían y no venían los familiares. Me dijo: “Los echan a la fosa común”. “¿Qué es eso?”, pregunté con curiosidad. Me dijo secamente: “Un pozo donde echan a todos los muertos”. Empecé a llorar y a llorar, imaginaba un pozo profundo lleno de huesos y cadáveres y encima el cuerpo de mi abuela. No, no. ¡No! No podía dejar que la echaran ahí. Hablé con la enfermera y le dije que pagaría los gastos del hospital y le compraría su caja para enterrarla en un panteón. Me dijo que me sentara en una silla y que esperara. Yo temblaba, tenía miedo, dolor, angustia. Al rato llegó la enfermera con un señor que tenía una funeraria en la esquina del hospital. Me llevó a ver los cajones; recuerdo que me mostró uno muy gris, muy feo, que era el más barato, pero yo le había echado el ojo a uno blanco muy bonito. ¡Quería lo mejor para mi abue! También le dije que quería llevarla a enterrar a Chiquimitío, su rancho, y que cuánto me costaría todo. Para ser sincera, no recuerdo cuánto me cobraron, pero sí pedí un descuentito. Me fui a buscar el dinero que estaba escondido bajo una duela del piso; sabía dónde guardaba mi abuela sus ahorros. Al llegar a la vecindad, mi vecina salvadora, Chavela, me preguntó por mi abuela. Le conté todo en medio de un mar de llanto. Me abrazó y me dijo que no me preocupara, que ella estaba conmigo y que me acompañaría a llevar el cuerpo de mi abuela a su última morada. Busqué la mejor ropa para vestirla, pues la enfermera me la pidió. Me fui junto con Chavela y su bebé de siete meses al hospital. Antes, pasamos al mercado por café y azúcar, que era lo que veía que daban cuando se velaba a alguien. La gente del mercado, al saber que mi abue había muerto, me regaló todo, hasta buñuelos, corundas y tamales pa’ aguantar la velada. Fuimos a la funeraria y luego al hospital a pagar los gastos. Apenas alcanzó, pero todo se pagó. Solita vestí a mi abuela, era lo menos que podía hacer. Aunque me regañaba y me pegaba mucho, la quería como a mi madre, era todo lo que yo tenía, la iba a extrañar mucho. Sentía mi corazoncito apachurrado, como queriendo explotar. Más tarde nos

entregaron el cuerpo y partimos rumbo a Chiquimitío, su pueblo natal, cerca de Morelia, donde ella quería quedar. Entonces no había carretera, sólo una brecha. Mientras la carroza avanzaba, la polvareda se mezclaba con mis lágrimas que no dejaban de brotar de mis ojos hinchados que apenas miraban el camino. Llegamos sin contratiempo. La gente del rancho miró con sorpresa la carroza y una señora se acercó con curiosidad. Me preguntó con quién iba. Le mencioné el nombre de mi tío Jesús, hijo de crianza de mi abue. Ella corrió a avisarle y enseguida llegó con su esposa e hijos que miraban la carroza sin comprender. Le expliqué y su esposa me abrazó con dulzura y me dijo: “Véngase, mi muchachita”. Me refugié en sus brazos y lloré y lloré. No sé de donde me salían tantas lágrimas. Mi vecina le contó a mi tío más detalles y él le agradeció que me acompañara hasta ahí. Chavela se regresó en la carroza. Llevamos el cuerpo a la casa de mi tío y ahí la velamos. Él se encargó de todo lo demás y, al otro día, la enterramos. Toda la gente del rancho fue al sepelio y le llevaron flores de todos colores. Así pasé la Navidad más triste de mi vida, sin mi abue.

El 27 de diciembre, por la mañana, llegó mi madre al rancho. Al parecer no estaba en Guadalajara, pero cuando se enteró se dejó venir de inmediato. Lloraba de manera incontrolable y me abrazaba y me besaba. Fuimos las dos juntas al panteón y ahí le pidió perdón y lloró mucho, mucho. Estuvimos en el pueblo hasta Año Nuevo y de ahí nos fuimos a Morelia por mis cosas para irnos a Guadalajara con mi padre, al que ya le urgía que regresara mi madre.

Dentro de la tristeza por la pérdida de mi abue, estaba feliz: vivía con mi madre, itenía papá y hermanos! Vivíamos en un hotel donde a diario lavaban las sábanas y aseaban el cuarto. Comíamos en restaurantes o fondas lo que nos gustaba. Mi papá se dedicaba a “golear”, esa era su profesión y se la enseñó a mi madre y a mi hermano mayor. Golear era vender relojes remarcados. Les iba bien, viajaban mucho. Sólo que éramos cinco hijos y los gastos

eran fuertes. Además, mi padre tomaba todos los días, ¡uf!, ya se imaginarán. Esos seis meses fueron maravillosos para mí. Tenía una familia, hermanos, mis padres y ¡viajaba! Era como un sueño que terminó.

Mi padre, con el pretexto de que estudiáramos, nos llevó a Puruándiro, Michoacán, donde vivía mi tía Celia, una hermana suya. Ella tenía cinco hijas y era viuda. Mi papá las adoraba, a ella y a mis primas, de quienes siempre estuvo orgulloso, no sé por qué. También le ayudaba económicamente. Ahí me dejó junto con mis dos hermanos menores, Noemí y Marcó Antonio. Mi tía tenía una pequeña tienda y era muy conocida. La escuela estaba en la esquina y no hubo problemas para que nos recibieran. Por varios meses todo transcurrió bien. Tenía una familia muy grande. Mi tía y mis primas nos trataban bien e hicimos amigos en la escuela.

Vivíamos de manera normal, hasta que un día una de mis primas, *la Cuata*, se robó algo de dinero de la tienda y me echó a mí la culpa. Como una amiga me había regalado una blusa, todo me acusaba. Irma, mi prima, fue muy cruel conmigo. Me dijo que por eso no me querían mis papás, por iratera! Llorando, le dije a mi tía quién me había regalado la blusa, pero no me creyó. Me regañó y me dijo que hablaría con mis papás para que fueran por nosotros.

Por unos días la situación fue difícil, no sólo para mí, sino también para mis hermanos. Afortunadamente, Celia, otra de mis primas, mayor que yo, no creyó lo que su hermana había dicho y fue a buscar a mi amiga para preguntarle lo de la blusa. Lety, mi amiga, se lo confirmó y le contó que *la Cuata* había tomado el dinero para irse al baile con sus amigas. Celia se lo contó a mi tía, quien se disculpó conmigo y le pegó a *la Cuata* por su falta. Todo continuó como si nada hubiera pasado.

Irma dormía con Luz, la mayor de mis primas, y un día ya no quiso dormir con ella, cosa que molesto a mi tía. Me mandó a mí a dormir con ella, que era su consentida, la única que trabajaba y ayudaba económicamente. Luz nunca había tenido novio, pues

mi tía era muy estricta y conservadora. Mis primas le decían la cotorra de la familia, y que ya no saldría ni rifándola. Como no había camas suficientes, tuve que dormir con ella. Su recámara era la más bonita, me llevaba bien con ella y no vi problema. Los primeros días todo fue normal, hasta una pijama me regaló, pero un día que dormía profundamente, desperté sobresaltada al sentir que algo o alguien me tocaba. Como por las noches nos sentábamos a contar cuentos de aparecidos, imaginé que era uno de ellos y me paralicé por el miedo. Intenté moverme y no pude, menos articular palabra alguna. Apretaba los ojos para no ver. De pronto sentí que alguien me quitaba la pijama y la ropa interior. Mi pequeño y frágil cuerpo no se podía mover, estaba estático. Entreabrí los ojos y con horror vi que Luz posaba sus labios en los míos, me besaba y tocaba mis senos, apenas en desarrollo. Ella jugó conmigo, tocaba mi sexo y todo mi cuerpo. Estaba aterrorizada, pensaba que estaba perdiendo mi virginidad y que ya no podría tener novio y menos casarme y formar una familia con hijos, como lo había soñado. Me sentía sucia, que no valía nada y menos por perderla con una mujer. Había escuchado que las que se besaban y dejaban tocar por los novios eran unas prostitutas, mujeres que no valían nada, y yo, a mis trece años, perdía con mi prima. Cuando Luz se cansó y me dejó en paz, encogí mi cuerpo aprisionándolo y llorando en silencio.

Al otro día llamó la atención mi cara y mis ojos enrojecidos. Pensaba que se me notaba lo ocurrido la noche anterior, no sabía qué hacer ni a quién contarle, ¿y si no me creían? Además, me daba vergüenza. Todo el día anduve distraída, ausente. No quería que llegara la noche, pero llegó, por más que me entretuve para ir a dormir. Lentamente entré al dormitorio. Luz parecía dormir. Me puse la pijama encima de mi pants y un suéter de cuello alto que parecía que me asfixiaría. Para mi buena suerte, no pasó nada. Luz dormía plácidamente y me dejó tranquila. Hasta pensé que todo lo había soñado. Así pasó una semana y, cuando creía olvidado

ese suceso tan horrible, iempezó de nuevo! La misma situación, el manoseo por todo mi cuerpo y su boca repulsiva sobre la mía. Percibía su olor a babas que me provocaba náuseas, y de nuevo mi cuerpo rígido, estático, sin movimiento alguno por el miedo y el terror, y más cuando ponía su asquerosa boca sobre mi sexo. Fue una noche llena de horror y miedo.

Al otro día me levanté con fiebre, sin apetito, sin ganas de nada. No paraba de llorar, me dolía el cuerpo y el alma. Llegó la noche y la fiebre no cedía, deliraba y llamaba a mi abuela ya muerta y a mi madre. Celia, otra de mis primas, que me quería mucho y con la cual me llevaba muy bien, me cuidó toda la noche. Por la mañana no fue a la prepa, se quedó conmigo. Cuando la fiebre cedió, me preguntó si extrañaba a mi mamá. Le dije que sí y empecé a llorar. Ella me preguntó si había algo más. Con temor de que pensara que estaba loca, le conté lo ocurrido. Las cosas que su hermana me hacía por las noches y que me tenían al borde de la locura. Ella me abrazó con mucho cariño y me dijo: “Vente a mi cuarto y tráete a Noemí, tu hermana”. Así lo hice, pero mi tía lo tomó a mal. Molesta, pensaba que era un capricho y me dijo con voz grave que en su casa se hacía lo que ella mandaba y que, si no me gustaba, les dijera a mis padres que vinieran por nosotros. Celia me defendió a capa y espada y le contó a mi tía lo que ocurría. Por supuesto, no lo creyó y dijo que yo era una malagradecida y una mentirosa. Se armó un alegato entre mi tía y mi prima, hasta que Celia llamó a Irma, que era de mi edad y dormía con Luz antes que yo. Recuerdo que le exigió que le contara a mi tía lo que su hermana le hacía por las noches. Mi prima así lo hizo y iera lo mismo que a mí! Mi tía rompió en llanto. Sólo así creyó lo que yo había contado. Se encerró en la habitación de Luz con ella. Nunca supimos lo que hablaron, pero al otro día la llevaron con un psiquiatra. Nosotras pensamos que estaba loca, sólo así podía hacer lo que hacía. Mi tía habló conmigo y me pidió que no contara a nadie lo que ocurría, menos a mis padres. Yo lo callé,

jamás lo mencioné. Además, me daba asco y vergüenza sólo de recordarlo.

Al terminar el ciclo escolar, llegaron mis padres. Los sucesos ocurridos estaban, al parecer, olvidados. Estuvimos ahí dos semanas más y, con alegría, escuché de boca de mi madre que nos llevarían con ellos a vivir a Guadalajara, Jalisco. Eso me puso feliz.

Ya en la Perla Tapatía mi madre rentó dos cuartos que tenía una familia en la parte de atrás de su casa. Para mí era una mansión, aunque teníamos sólo lo indispensable: tres camas, una estufa, un mueble usado y una televisión de catorce pulgadas en blanco y negro, que era un lujo. En aquella casa, con una familia que nos adoptó, fui feliz por tres años. Me encargaba de mis hermanos y de la casa mientras mis padres salían a trabajar. Fue una etapa muy bonita que borró recuerdos dolorosos.

De ahí nos cambiamos a una casa sola, enfrente, que estaba muy bonita. Tenía tres recámaras, sala, comedor, cocina, patio y baño. ¡Mi primera casa sola! ¡Era maravilloso! Al principio mi padre no quería, pues siempre rehuyó toda responsabilidad. Hoy comprendo que por eso mi madre trabajaba para darnos todo sin tener que pedirle a él, pues si lo hacía, había pleitos. Mi padre también trabajaba mucho “para sus gastos” (mujeres, vino, parrandas, etc.). Un día que mis padres estaban de viaje, llegó mi hermano mayor, Ulises. Él y varios de sus amigotes arrasaron con toda la comida que había y de pilón me robó cien pesos que tenía para la semana. Discutimos, me pegó y lo corrí. Llegó Marco, mi hermano menor, y se armó la de San Quintín, pero no le pudimos quitar el dinero. No sabía qué hacer para sacar la semana. Vino a mi mente la manera en que mi padre “trabajaba”. Como alguna vez lo acompañé, lo sabía muy bien. Mis padres vendían relojes remarcados (corrientes con marca de prestigio) y yo sabía que los compraban en una joyería que estaba dentro del mercado de San Juan de Dios. Conseguí con Carmen, mi vecina, setenta pesos que prometí pagarle al otro día porque eran de su pedido de Avon.

Compré dos relojitos Haste y me fui a venderlos a la colonia del Fresno. Le dije a una señora que me había escapado de mi casa porque mi padrastro me trataba muy mal y quería llegar a Morelia con mi abuela. La señora se conmovió, pues yo lloraba a mares y tenía sólo quince años, ¿cómo no creerme? Me dio ciento cincuenta pesos por los dos relojes, ¡me quedaron ochenta!, ¡fue muy rápido y fácil! Me regresé al mercado y compré cuatro relojes. Ya picada por la ambición me fui a venderlos. Me quedaron cien pesos de ganancia y dos relojitos ¡de pelos! Me regresé a mi casa, compré mandado y todo lo que se me antojó. Por la noche llevé a mis hermanos a cenar sopes y quesadillas. Al otro día hice lo mismo, me fui a vender los dos relojitos que tenía. Los vendí de volada, con una facilidad que pa' qué les cuento. Así pasó el tiempo, gastaba de más, les cumplía a mis hermanos sus antojos y cuando me faltaba dinero ya sabía cómo conseguirlo. ¿El cuento? ¡Uf! Sobraba, era hábil para mentir.

Un día, Carmen, mi vecina, que era muy chismosita, por cierto, le contó a mi mamá lo que yo hacía. Cuando lo supo, puso el grito en el cielo. Sé que ella no quería esa vida para mí; mi padre, en cambio, se sintió orgulloso de mí. Se portó cariñoso y aplaudió lo que yo había hecho, ¡ésa era su hija! ¡Chingona como él! Recuerdo que hasta me invitó una de sus sagradas cervezas.

Yo estaba falta de cariño de mi padre, siempre fue distante y frío conmigo. Desde ese día fue diferente. No quiso que siguiera en la escuela porque yo era muy lista y vendía muchos relojitos; además, cuando me casara, me mantendrían. A mí me gustaba mucho leer, con lo que ganaba compraba cuentos y revistas, *TVyNovelas*, *Memín Pinguín* y *Lágrimas y Risas*, o novelas de Donald Curtis, que eran de espionaje, y otras de vaqueros. Hoy me doy cuenta que mi pasión por leer y escribir la traigo desde siempre. Cuando leía me sentía espía y contaba mis propias historias. Era una soñadora, y como vendedora era muy buena, vendía lo que mi padre y mi madre y sólo por las mañanas. De mis ganancias, mi padre me

quitaba la mitad y la otra era para mí y para comprar cosas para la casa. Con el tiempo, hasta una camioneta compramos entre los dos, por supuesto que para él y sus “amiguitas”.

Así pasaron cinco años. Mi hermana menor, Noemí, cumpliría quince años y me di el gusto de festejarlo en un salón y con chambelanes. Fue algo muy lindo que disfruté como si hubiera sido para mí. Nunca me festejaron por nada. Mi padre se puso el sombrero diciendo que él había corrido con los gastos, cosa que no me importó, ¡estábamos de fiesta!

En ese entonces, las cosas desagradables vividas en mi niñez estaban enterradas y dizque olvidadas. Un día, mi hermana me invitó a una fiesta y fui obligada porque mi padre dijo que si yo no iba, ella tampoco. Me “sacrifiqué”, ja, ja, ja ¡adoraba a mi hermana! En esa fiesta conocí a un muchacho muy agradable del cual me enamoré perdidamente. Había conocido a otros, pero mi padre y mis hermanos no me dejaban tener novio. En las fiestas sólo bailaba con los amigos de mis hermanos, los de confianza. Respetaba a mi padre, bueno, más que respeto era miedo, pero con este chico algo pasó, me rebelé contra todo y contra todos. Duré poco más de un año de novia y me casé contra la voluntad de mi padre. Él se oponía porque yo era su minita de oro, lo sé, pero este chico me ofrecía lo que tanto había soñado: ¡formar una familia! Cabe mencionar que le oculté desde el principio en qué “trabajaba”. Él siempre pensó que me dedicaba a las ventas.

Cuando le dije a mi padre que irían a pedir mi mano, puso el grito en el cielo. Lo enfrenté por primera vez, le reproché su abandono durante mi niñez y hasta que no llevara su apellido, como mis demás hermanos. Quiso golpearme y mi madre me defendió, le gritó que ella no quería que terminara con un hombre irresponsable y vividor como él, que Luis (mi novio) era un muchacho honrado y trabajador que me ofrecía una vida decente. Eso enfureció aún más a mi padre, que le dio una cachetada. Por primera vez mi madre se le enfrentó y no permitió que la golpeará más.

Me obligó a salir de la casa y se quedó con él. Cuando entré, todo estaba tranquilo. No sé qué habrá argumentado, pero lo convenció, ¡hasta su apellido me dio! Aunque mi boda fue sencilla, para mí fue de ensueño. Era mi primera fiesta, y estaba enamorada. Fue algo inolvidable.

Ese día no puedo olvidarlo, no sólo por lo bello de la fiesta, sino por lo que ocurrió. Mi esposo y yo éramos primerizos, nunca habíamos tenido relaciones y no sabíamos nada de nada. Esa noche no se pudo realizar, pensamos que por ser la primera vez, pero la siguiente fue igual. A la hora en que intentaba penetrarme, mi cuerpo se ponía rígido, paralizado. Nunca imaginé que fuera por la experiencia vivida años atrás con mi prima. Eso era algo que jamás le había mencionado a nadie, ¡menos a mi esposo! Fue una situación frustrante que se repitió continuamente y me ocasionó problemas con Luis, que un día perdió la paciencia y me golpeó. No sabía lo que me ocurría ni el porqué del miedo terrorífico que me causaba que intentara hacerme suya. Me preguntó si mi padre en alguna ocasión quiso abusar de mí o mis hermanos. Me atormentó por mucho tiempo con eso y lo agarró de pretexto para no dejarme ir a casa de mis familiares porque, según él, mi familia era única y exclusivamente él.

Por cinco años viví constantemente atormentada y golpeada física y moralmente por Luis, quien me decía que como mujer no servía para nada.

Cuando tenía ganas, me usaba para satisfacerse sobre mí y me dejaba con remordimientos y un vacío y soledad inmensos, sintiendo nada, reafirmando que como mujer no servía. Para colmo me prohibió visitar a mis padres. No podía salir de casa sin su permiso, sólo con él. Al único lugar que podía ir era a casa de su mamá, donde me trataban muy mal, pues no podía darle un hijo. Aceptaba que me denigraran y me trataran como a una sirvienta o menos al creer que Luis me hacía un favor al tenerme a su lado.

Ese infierno duró cinco años. Estaba casada sin ser realmente su mujer. Era virgen y constantemente maltratada, pero... ¿cómo contar lo que vivía?, ¿a quién? Me daba mucha pena y me sentía el ser más miserable y culpable del mundo. Un día, después de que me golpeó por nada, decidí irme, nada me detenía. Así lo hice. Me fui a casa de mi madre y, para mi sorpresa, ella me dijo que no podía quedarme, que el matrimonio era una cruz para toda la vida que la mujer debe soportar. Ni siquiera me dejó explicarle, pensó que mi problema era que Luis andaba con otra porque me dijo: “El hombre es tuyo del quicio de la puerta para dentro”. Yo quería explicarle lo que vivía, ese infierno de humillaciones y malos tratos que recibía, pero no me dejó. En eso, llegó Luis y le dijo que iba por mí y me llevó a casa de regreso y, como siempre lo hacía, me pidió perdón y prometió que no volvería a pasar. Empezó a tocarme y me dejó llevar, ya ni siquiera intentaba penetrarme, sólo me besaba y se venía sobre mi cuerpo. Cuando quedaba satisfecho, se levantaba y listo. Cada vez que eso pasaba, me sentía morir, ¡era inservible!, era nada. A los pocos días, de nuevo, mismo sufrimiento y frustración, permitida por mí.

Un día acudí a casa de mi madre. En ese entonces ya trabajaban decentemente, pues mi hermano menor, Marco Antonio, tenía un pequeño taller de joyería. Mis padres se dedicaban a vender la producción de aretes que salía, que era mucha, y yo también, a escondidas de mi esposo. Mi hermano me tenía mucha confianza y me encargaba hacer las compras de metal y los pagos. Ese día me mandó a llevarle dinero a un amigo que le vendió una casa en abonos. Ambos nos conocíamos desde jóvenes. Llegué a su casa, le entregué el dinero y se ofreció a llevarme de regreso. En el trayecto me preguntó:

—¿Cómo estás? ¿Cómo te va?

—Bien.

—¿Eres feliz?

—¡Claro que sí!

—Tus ojos dicen lo contrario. ¿Te puedo ayudar en algo?

Me sorprendí y en ese momento sentí la necesidad de hablar, de contarle todo lo que me ocurría y así lo hice. Me escuchó, mirándome incrédulo. No me creía, era ilógico. ¿Cómo puede una mujer estar casada cinco años y ser virgen? ¿Cómo? Yo lloraba desesperadamente. Él me abrazó para reconfortarme y le pregunté:

—¿Harías el amor conmigo?

—¿Por qué?

—Quiero saber si en verdad no sirvo para nada.

No dijo nada. Continuamos en silencio hasta llegar a casa de mi madre. Me bajé del auto y entré en silencio, arrepentida de haber hablado. Seguramente él pensaría que estaba completamente loca y desquiciada.

Pasó un mes. Esto ocurrió en 1985, después del terremoto que sacudió la ciudad de México, lo tengo muy presente. De nuevo, mi hermano me envió a llevarle a su amigo el abono de la casa. Acudí con pena, evitaba mirarlo a los ojos, pues le había contado lo que a nadie y al parecer no me había creído nadita. Se ofreció a llevarme. Débilmente agradecí y dije que no, que me iría sola. Me tomó del brazo y me llevó al auto, yo me dejé conducir. Durante el trayecto, ambos en silencio, nos mirábamos de reojo. De pronto, se detuvo en un motel. Me sorprendí, pero me dijo dulcemente: “No temas, todo va a estar bien”. No dije nada, me dejé llevar. Ya en la habitación, me trató tiernamente, como jamás lo hizo mi esposo, y fui suya. No tuve ningún problema. Él se sorprendió al comprobar que no había mentido. Me confesó que siempre había estado enamorado de mí y me pidió que dejara a mi esposo, que era un imbécil por no saber tratar a una mujer como yo. No contesté nada, me sentía sucia, y lo peor era que ime había gustado! Fue delicado y tierno. Eso me hizo sentir remordimiento, pues había jurado fidelidad ante el altar. Además, amaba a mi esposo a pesar de todo y no merecía algo así de mi parte. Me llevó de regreso a

casa y me pidió que pensara en lo que me había propuesto. Estaba sumamente confundida. Me senté en la salita a llorar. No sabía qué hacer, me había comportado como una cualquiera, había engañado a mi esposo. Pero también había comprobado que sí servía como mujer, que era normal, pero... ¿por qué con otro hombre? Me metí a bañar, tallé con fuerza mi cuerpo para borrar las caricias recibidas y aceptadas. Cuando mi esposo llegó, me preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Me duele la cabeza —le serví de comer en silencio.

—¿Fuiste con tu mamá?

—No —contesté débilmente.

Eso lo enfureció y empezó a gritar y a insultarme. Yo agachaba la cara para no recibir golpes en ella, pero me la levantó con una cachetada y me dijo que lo mirara a los ojos, que era una idiota que quería engañarlo y que estaba harto de mí, que le dijera la verdad: ¿adónde había ido y qué había hecho?

Me enfurecí y saqué toda mi rabia, le grité que había estado con un hombre. Se sorprendió y abrió los ojos. Por un momento pensé que me mataría. Corrí a la habitación y empecé a empacar mi ropa. Me siguió sorprendido, ya no gritaba, sólo me miraba. Se sentó en la cama en silencio. De pronto, se levantó y me abrazó, preguntando si era verdad lo que había dicho. Avergonzada, dije débilmente que sí. Esperaba una golpiza, pero no, para mi sorpresa me abrazó y me dijo que no me fuera. No creía lo que escuchaba ¡me pedía perdón a mí, que lo había engañado! Esa actitud me doblegó, ¡me perdonaba! ¡Qué bueno era! En ese momento lo vi como a un dios. Me quedé.

Pasaron varios días para que, ¡por fin!, pudiéramos tener relaciones. Como a los tres meses salí embarazada de mi primer hijo. Fue algo maravilloso. Me trataba como jamás lo había hecho, sin reclamos ni reproches. Yo me desvivía por él, casi le adivinaba el pensamiento. Cabe mencionar que en los primeros seis años de matrimonio me porté bien. Mi vida de engaños quedó atrás. No

me faltaba nada, con él tenía lo suficiente. Tuve a mi primer hijo que fue y es mi adoración y al año volví a embarazarme.

Corría el año de 1988, cuando a mi esposo le dieron en el trabajo un departamento de Infonavit y nos mudamos con nuestros dos hijos. A los pocos meses ocurrió una devaluación y se quedó sin trabajo, los ahorros se agotaron y teníamos dos hijos pequeños. Un domingo fuimos a casa de sus papás, al regresar mi suegro nos dio algo de dinero para la semana. Luis empezaría a trabajar al día siguiente.

Con lo que me dio mi suegro, compré tres relojes e hice lo mismo que hacía antes. Me llevé a mis dos niños y vender los relojes fue pan comido. Para cubrir esa entrada de dinero, me puse a hacer gelatinas para vender. Él creía que me iba muy bien y estaba contento, sin preguntar nada. Me sentía mal por engañarlo, pero estábamos bien y a mis hijos no les faltaba nada. Entonces comprendí a mi madre. Por dos años hice lo mismo: cuando ya tenía poco dinero porque gastaba de más, compraba mis relojitos y los vendía. Solucionaba mi problema económico y “vivía bien”.

Mi hermano, que sabía lo que yo hacía, me propuso que lo dejara y, si quería, él me daba aretes para vender para que no fuera a tener problemas. Así lo hice. En el Infonavit había mucha gente a quien venderle y siempre me pedían más y más joyas. Mi hermano se marchó a Estados Unidos, pero antes me recomendó con un amigo suyo que me facilitó joyería a consignación. Me iba bien, las ventas eran lo mío, tenía suerte. Volví a alejarme del fraude, trabajaba decentemente.

En 1991 nació mi tercera hija. Me fue mal durante el embarazo y se me atrasaron los cobros y, por consiguiente, los pagos. Conseguí una cantidad a crédito para pagar una cuenta de joyería. Continué vendiendo mis alhajitas, ganaba bien y pronto me recuperé.

Pasó el tiempo. Un día, después de recoger un muestrario de joyería, pasé por mis dos hijos al kínder. Traía en brazos a mi tercera hija. Tomamos un camión, iban pocas personas, y de pronto,

un tipo jaló mi bolsa y se bajó corriendo. Mis hijos se asustaron por mis gritos. Me bajé corriendo en un vano intento por alcanzar al ladrón, pero fue inútil. El chofer me dijo que levantara un acta en la delegación que estaba ahí cerca. Así lo hice, pero el ladrón se volvió ojo de hormiga. Tuve la pérdida total del muestrario que me acababan de entregar. Mi pequeña hija se sentía culpable y lloraba desconsolada. Volví a mi casa e intenté platicarle a mi esposo lo ocurrido, y me dijo que no le interesaba. Por esa pérdida tuve que volver a las andadas. Era una suma muy fuerte, once mil pesos para ser exacta.

Hablé con la persona que me facilitaba las joyas a consignación, pero fue inútil, me exigía el pago. Me citó en su oficina, a la que acudí con mi pequeña hija de brazos. Le supliqué que me diera un plazo para pagarle. Me dijo que yo no tenía ninguna necesidad, que si me portaba amable, mi deuda quedaría saldada. Intentó manosearme y besarme, aun con mi niña en brazos. Lo empujé como pude y me salí furiosa, molesta e indignada. Él gritó enfurecido que se las iba a pagar que ninguna &%-/ \$ lo despreciaba y que me daría donde más me doliera.

Le había firmado un pagaré por once mil pesos. Empecé a vender relojes de nuevo, pero sólo sacaba para pagar los intereses del dinero que anteriormente había pedido y los réditos me comían. El fulano que me había facilitado la joyería me presionaba y me cobraba intereses muy altos. Para pagarle los intereses y ganar tiempo, conseguí otro préstamo a rédito. Intenté hablar con mi esposo, pero se negó a escucharme. Decía que era mi problema, que él no me había mandado a hacer pendejadas. Una mañana que me disponía a vender mis relojes, acudí a una cremería que estaba de camino a casa de mi madre, quien me cuidaba a mis hijos. De pronto, se acercaron dos señores y me preguntaron mi nombre. Contesté y enseguida me dijeron que traían una orden de aprehensión en mi contra por fraude por insolvencia. Sentí que la tierra se movía, pedí que me dejaran

llevar al departamento a mis dos hijos, pero se negaron. Alguien fue a avisarle a mi madre y acudió en un mar de llanto. Tomó a mis hijos y se los llevó.

Me subieron a un auto y me llevaron a la oficina de Alejo, el que me facilitaba la joyería. Imagino que fueron a avisarle. De ahí se dirigieron a Puente Grande. Estaba desolada, muerta de miedo y no sabía qué hacer. Es una sensación indescriptible. Me trataron como a la peor delincuente, no tuve abogado de oficio porque dije que no había, y al otro día se presentó el abogado de Alejo y me dijo que no hiciera nada, que ya nos arreglaríamos.

Al otro día llegó mi esposo con un abogado que le recomendaron en la fábrica donde trabajaba. Me sentía morir de vergüenza, pero el abogado me infundió confianza, pues todo mundo en Puente Grande le hacía caravanas, ya que era maestro en la Facultad de Leyes. Él me dijo que todo estaría bien, que era una injusticia y no procedía, que el caso era fácil que sólo pagaríamos una pequeña fianza.

Me sacó de inmediato. La afianzadora lo conocía y autorizó la fianza con sólo el cincuenta por ciento que mi esposo había conseguido. El resto lo conseguí yo al salir. Nunca imaginé que me había topado con un ladrón con licencia. Dicho abogado resultó un trinquetero de primera, de eso me di cuenta a los tres meses que me hablaron de la afianzadora para decirme que la habían suspendido porque no se había pagado el total. Les dije que se lo había dado al licenciado y acudí a hablar con él, que me envolvió de nuevo. Afirmó que había un mal entendido, que todo estaba bien. Hasta me enseñó un recibo. Me sacó más dinero y me aseguró que ya todo estaba arreglado, que sólo esperábamos el fallo, pero que llegaría favorable y que ya no me presentara a firmar.

Craso error, le creí. A los dos meses ya se había girado una orden de reaprehensión en mi contra. Todo esto me lo comentó la secretaria de la afianzadora con la que había hecho buena amistad

y me aconsejó que pagara lo que faltaba de la fianza porque la habían retirado. Yo, ignorante y temerosa, lo hice.

Continué con mi trabajo de “goleadora”. El proceso siguió hasta que un día, a las siete de la mañana, tocaron a la puerta. Al abrir, estaban tres señores, varios policías y dos patrullas en la calle. Me mostraron una orden de desalojo. Alejo había ganado y embargaban el departamento, que estaba a nombre de mi esposo y que ya había terminado de pagar al Infonavit. Entre groserías e improperios me sacaron a la fuerza con mis tres hijos que lloraban asustados. Estaba desesperada, miraba para todos lados y de pronto lo vi. Vi a Alejo en un auto, corrí hacia él y le supliqué que me diera un plazo, que no me echaran a la calle, que me esperara. Él sólo se rio y me dijo: “Te lo dije, a mí nadie me desprecia”, y se fue.

Después supe que mi dizque abogado se había aliado con él para despojarme y sacarme todo lo que pudo, hasta el departamento, que a los quince días ya estaba vendido. Contraté a otro abogado que me recomendaron, quien dijo que era una injusticia que no procedía, pues el departamento estaba a nombre de mi esposo y era del Infonavit y patrimonio de mis hijos, que sólo podían embargar el cincuenta por ciento que me correspondía, que teníamos que meter un amparo como tercero perjudicado y que en pocos días nos lo devolverían. Me pidió cinco mil pesos y me dijo que a más tardar en una semana estaría de vuelta en el departamento. No sé si todos los abogados estudien para estafar, pero con este ocurrió lo mismo. Se hizo ojo de hormiga y no volví a saber de él. Y no sólo yo.

Con esta situación, mi relación con mi esposo se deterioró aún más. Me gritaba, me insultaba y golpeaba. Día a día los malos tratos crecían. Los soportaba calladamente porque le daba la razón: era una mala mujer y él un santo, pues me aguantaba a mí después de todo lo que había hecho.

Durante casi tres años trabajé como burra. Por las mañanas vendía jugos y comida a los maestros de la escuela de mis hijos,

y por las tardes me salía a vender mis relojes. Siempre procuraba tener la casa en orden, con la ayuda de mi madre, para que mi esposo no se molestara y evitar los golpes, cosa que era inútil, pues los reclamos y reproches estaban a la orden del día.

Viví así por varios años, un infierno a causa de la pérdida del departamento y de mi engaño, que siempre salía a relucir al echarme en cara mis errores. Todo lo aceptaba, y por más que trabajaba para aportar para los gastos, no quedaba bien.

Estaba cansada de salir a vender y dejar la responsabilidad a mi madre, que también sufría por mi culpa. Mi esposo la trataba mal cuando yo no estaba. Le decía cosas y malos comentarios sobre mi persona, que ella se guardaba para no hacerme sentir mal.

Al otro lado de la casa que rentábamos, y que yo pagaba, había una tienda e hice buena amistad con la dueña. Ella tenía un hermano que le ayudaba por las tardes, pero tomaba mucho y se encerraba en la tienda con los amigos, cosa que a ella le molestaba. Me ofreció que me quedara con la tienda. ¡Era una gran oportunidad! Trabajaría decentemente en lo que me gustaba (las ventas!), y ya no tendría que salir a ofrecer relojes y dejar solos a mis hijos. Me la dejó en pagos, así que acepté. Lo comenté con mi esposo y le agradó la idea, sólo que la responsabilidad de los pagos sería mía. Tuve buena suerte, la tiendita se hizo de clientes; hasta los maestros de la escuela de mis hijos pasaban por su mandado para ayudarme mientras terminaba de pagarla. Uno de mis cuñados me ayudaba cuando salía a vender mis relojes. Él vivía con nosotros, pues estaba separado de su mujer. Cuando mi esposo llegaba de trabajar, cooperaba y, por supuesto, mis hijos también. Así continué hasta que terminé de pagar.

Cuando la saldé, mi esposo se salió de trabajar dizque para ayudarme. La gente se quejaba del mal trato. Cuando yo estaba, las ventas subían y me decían que no dejara que él atendiera, pues les gritaba y les aventaba las cosas. Le reclamaba y él se molestaba, me gritaba y golpeaba, aun delante de la gente. La tienda tenía

permiso de venta de cerveza y, cuando me compraban por caja, hacía un descuento, cosa que le molestaba y mandaba a la gente a... otra tienda.

El del camión de la cerveza me dio crédito cuando vio que vendía muy bien. Mi esposo empezó a celarme con él, me insultaba cuando llegaban a surtir. Se volvió un holgazán, ya no hacía nada, se la pasaba sentado en una banca afuera de la tienda y piropeaba a las muchachas que pasaban, aun delante de mí. Cuando le reclamaba, me decía que no tenía ningún derecho, pues yo era una •\$%& y que diera gracias a Dios porque no me había abandonado, que no valía nada ni servía y que por mi culpa se había perdido el departamento y muchas lindezas más. Era una tonta que todo aguantaba y, aunque yo cubría todos los gastos, no quedaba bien. Algunas veces, cuando estaba de buenas, le decía que buscara trabajo para juntar para una casita y él me contestaba, hiriente, ¿para qué?, ¿para que también la pierdas? Siempre terminábamos mal.

Un día, después de una golpiza, me llené de valor y vendí la tienda a una vecina que insistía mucho. Fue una pelea dura, y me pegó a más no poder, pero sirvió, tuvo que meterse a trabajar. Claro que el maltrato siguió hasta que se me reventó la vesícula de tantos corajes que me tragaba. Afortunadamente, tenía el dinero de la venta de la tienda y pude atenderme, pues él no quiso asegurarme.

Con lo que me sobró de la venta, que no fue mucho, compré alhajas para vender. Un día, una clienta me dijo que su hermano quería proponerme un negocio. Acudí con él y me dijo que acompañara a su sobrino a comprar una camioneta, ya que él, por el momento, no podía ir, pero que su hermana le había dicho que podía confiar en mí, que era buena para regatear. Me daría parte del descuento que lograra y tendría los gastos pagados. No vi nada que perder y sí mucho por ganar. Además, mi segunda hija estaba por cumplir quince años y yo quería festejarle.

Vine a Aguascalientes, donde ellos ya tenían vista la camioneta. Acudí con su sobrino, pues yo no sabía manejar. Me dio cinco mil

dólares para que pagara. Hablé con el dueño y logré que se bajara seis mil pesos. Era una buena suma, me tocarían tres mil. Pagué con los dólares sin saber que eran falsos, lo juro.

Al poco tiempo tuve una pelea con mi esposo y nos separamos. Me fui a vivir con mi madre y con mi hermana. Tuve una fuerte depresión, pues mi hijo mayor no quiso irse conmigo, se quedó con su padre y con la mujer por la que me había dejado. No quería vivir, quería morir, sentía que todo lo que ocurría me lo merecía. Sólo el cariño de mis dos hijas y el de mi madre y mi hermana me sacó de aquello que vivía y me estaba aniquilando.

Mi madre se enfermó y le descubrieron un tumor inoperable, cerca del cerebro. En varias ocasiones la internamos. El 19 de julio de 2005, mientras convulsionaba, se le reventó el aneurisma. La llevamos de inmediato al hospital y la operaron, pero no logró salvarse. No teníamos dinero para pagar los gastos del hospital ni para el funeral. Acudí con una señora que me prestaba dinero a rédito, pagué el hospital y hablé con el dueño de la funeraria que estaba cerca de mi casa y me dio crédito. Uno de mis hermanos se hizo cargo de los gastos del panteón y me dio para pagar algo de lo que debía.

Estábamos en el novenario, cuando llegó a mi casa mi amiga, la clienta hermana del señor que hacía tiempo me había enviado con su sobrino a comprar una camioneta a Aguascalientes. Me dio el pésame y me dijo que por qué no le había avisado y que cómo estaba. Le conté los pormenores y lo de la funeraria. Se marchó y me dio ánimos. Al otro día regresó con su hermano, quien se ofreció a prestarme lo que debía de la funeraria con un interés de dos por ciento, más bajo que el diez por ciento que había conseguido. Esto ocurrió a fines de julio de 2005, y en los primeros días de agosto me propuso que acompañara a su sobrino por otra camioneta. Acepté, no vi nada de malo en ello, pensé que ganaría bien. Me dio de nuevo cinco mil dólares y uno de cincuenta para que dejara dinero en mi casa. Lo cambié sin ningún problema, al parecer

era el único que no era falso, tal vez lo hizo para que no desconfiara. Realizamos el mismo procedimiento sin ningún problema. Conseguí un descuento de cuatro mil ochocientos pesos, de los cuales, de manera magnánima, me dio dos mil ochocientos para que me ayudara. Dinero que se abonó a los quince mil que me había prestado. A los ocho días lo mismo, sólo que en esta ocasión sí hubo un problema. Mientras “trataba” con el dueño de la camioneta, Víctor la revisaba. Hice el trato y el dueño me dijo:

–Ahorita regreso, voy a ver si los dólares son buenos.

–Sí, claro.

–¿A dónde va? –me dijo Víctor.

–A checar los billetes. Ya hice el trato.

–¿Estás loca? ¿Por qué se los diste.

–¿Qué tiene? Ya cerramos el trato.

Corrió a alcanzarlo y le dijo que ya no le compraríamos la camioneta porque tenía una falla en el motor. No sé cómo le hizo, pero le quitó los billetes, llegó conmigo y me dijo:

–¡Vámonos! No hay trato, la camioneta no sirve.

Nos alejamos a toda prisa. Yo no comprendía nada. De pronto volteó y me dijo:

–¿Estás loca? ¿Por qué dejaste que fuera a checarlos? ¿Qué tal si descubre que son falsos?

–¡Son falsos! –dije sorprendida.

–¿A poco no sabías?

En eso nos alcanzó el dueño de la camioneta y nos dijo que necesitaba el dinero, que nos la dejaba más barata y que no tenía ninguna falla. Víctor dijo que lo pensaríamos y que regresaríamos por la mañana. Continuamos caminando y, al dar vuelta a la calle, había un baldío. Víctor, nervioso, dijo: “Ya la torcimos, ¡tíralos!” Yo estaba muy asustada y tiré los billetes. Nos alejamos y, al voltear, vimos que la camioneta nos seguía. Sentía que el corazón se me salía del pecho, pero no dije nada y continué caminando aprisa. En ese momento pasó y un taxi lo tomamos a la Central. Ya ahí,

muy nerviosos, tomamos un autobús a Guadalajara. Al llegar, Víctor llamó a su tío y quedamos de vernos cerca de mi casa. Ahí le contamos lo ocurrido y se molestó muchísimo. Dijo que no nos creía y que queríamos verle la cara de pendejo y mil cosas más, que me fuera a mi casa y que al otro día hablaríamos.

Me alejé con el alma en un hilo y temblando. Llegué a la casa de mi hermana, que era donde vivía con mis dos hijas. Las abracé y besé llorando. Mi hermana pensó que era por el sentimiento de la pérdida reciente de mi madre. No dije nada, pero no pude dormir. Estaba inquieta y con el corazón acelerado. ¿Qué iba a hacer? ¿Denunciaría? ¿Me creerían? ¿Y lo que debía? En fin, no supe a qué hora me quedé dormida.

Al otro día, por la tarde, llegó Víctor con su tío. Discutimos sobre lo ocurrido la noche anterior y sobre los billetes que había tirado y que él me exigía pagar. Le pedí que me diera tiempo y que aceptara unos aparatos que tenía. Me contestó que no, que tenía que pagarle comprando más camionetas, no había otra manera. Me rehusé. En ese momento salió mi hija mayor y él se le quedó mirando de una manera que no me gustó. Le dije a mi hija que todo estaba bien que se metiera. Cuando lo hizo, él me dijo: “La morena lo vale, ¿hacemos trato?” Indignada y asustada contesté que no se metiera con mi hija, que de alguna manera le pagaría. “Entonces, mañana mismo sales a comprar una camioneta”, me dijo autoritario y se alejó. Me quedé ahí sin saber qué hacer.

Al otro día, muy de mañana, llegó Víctor y me dijo: “Ni modo, la regamos, pero no te apures. Vas a salir pronto de esto. Anda, vamos a comprarle su camioneta. No tienes otra opción, mi tío es de armas tomar”. Así lo hice. Salí en varias ocasiones a comprar camionetas, y el 19 de septiembre vine a Aguascalientes por la última para saldar mi deuda. Sólo que no se pudo realizar porque me detuvieron. Lo presentí, todo el día estuve inquieta, hasta entré a un templo a pedirle a Dios que me alejara de eso, que sólo quería vivir tranquila.

Por la tarde fuimos a ver la camioneta e hicimos el trato. Sólo que, para mi mala suerte, el señor al que le compré la primera camioneta, hacía tiempo, pasó por donde estaba haciendo el trato y me reconoció. Le habló a la policía y llegaron unos de tránsito y me detuvieron. Es un día difícil de olvidar. Después se descubrió que había comprado otras. Acepté mi culpabilidad y se me abrieron varios procesos. Por cada uno me sentenciaron a cinco años. La suma de las sentencias fue de más de treinta. A Víctor sólo le dieron seis años nueve meses. Dije toda la verdad, pero de nada sirvió. Dónde estaban las camionetas y el nombre y domicilio del tío de Víctor, al que visitaron judiciales y le sacaron dinero en dos ocasiones, pero nunca lo detuvieron. Cayó en mí toda la responsabilidad.

Cabe mencionar que durante mi proceso se presentó un abogado en el Cereso que vino a hablar conmigo y me pidió que dijera que yo era la de todo, que Víctor sólo me había acompañado una sola vez, que pensara en mi familia. Este hecho lo reporté a las autoridades del centro y no le permitieron volver a entrar.

Aquí estoy, después de casi seis años, contando mi verdad. Esta verdad que me duele en el alma, pero con la que sé estaré más tranquila. La parte que he vivido prisionera ya la conté, pero estos hechos los tenía guardados. Quise compartirlos para que se sepa por qué no creo en la justicia, siempre me falló, pero le doy gracias porque me permitió conocerme, arrepentirme y vivir tranquila. No me justifico, sé que hice mal y que debo pagar por ello, pero no puedo dejar de mencionar que he cambiado mucho y que, a pesar de saber que probablemente jamás salga en libertad, vivo con fe y esperanza. Me supero día a día por mí y por mis hijos, que son los únicos que no me han abandonado y que están orgullosos de su madre, a pesar de estar en prisión.

Hoy sé que la comunicación es muy importante y que está en nosotros, los padres, inculcar valores a los hijos para hacer de ellos personas decentes y productivas.

Concluyo con esta cita: “El ser humano es bueno por naturaleza, pero el medio que lo rodea lo hace perderse en el camino”.

Espero que algo de lo plasmado aquí pueda hacer reflexionar a alguien y lo aleje del laberinto en el que yo me perdí. Mil gracias.

Centro de Readaptación Social Femenil
Aguascalientes, Aguascalientes